

## Máximo Gómez. Su lugar exacto en nuestra historia<sup>1</sup>

Francisco Alberto Henríquez Vásquez

Si unimos la versión de Benigno Souza –copiada de la historiografía dominicana– con la de Abigail Mejía –salpicada de frases tomadas de las *Notas Autobiográficas de Máximo Gómez*–, ambas orientadas fundamentalmente a explicar las motivaciones que tuvo éste para eximirse de luchar contra la Anexión a España y no formar parte del glorioso Ejército Restaurador, puedo sacar algunas conclusiones diferentes a las del Dr. Euclides Gutiérrez Félix en su artículo *Máximo Gómez: Un Solo Lugar en la Historia*, como pasaré a explicar con el ánimo no exento de aprensión, porque hubiera preferido guardar reverente silencio ante las palabras de aquel extraordinario combatiente que, cargado de años y laureles, ya en su tierra natal, mientras aguardaba que sus hermanos cubanos lo llamaran de nuevo al combate por la libertad, explicando su dolorosa experiencia de 1864, confiesa treinta años más tarde:

*“(...) y me encontré de improviso en Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Era la primera vez en mi*

1. Publicado en el periódico *El Nacional* de ¡Ahora!, p.12. Santo Domingo, 18 de noviembre de 1986.



vida que abandonaba el suelo natal, y muy pronto **comencé a purgar la culpa cometida** (negritas mías, FAHV) con la pena más cruel que puede un hombre”.

Y más adelante agrega:

*“No fue en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fue así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud (...). Por encima de todo eso que lo consideré como efímero y despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis amigos y de todos mis Amores (...). Así viví en Cuba cuatro años, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños”.*

Ese mismo Máximo Gómez es el que dice más adelante:

*“Cuanto hice en Cuba como humilde y devoto soldado de la libertad, lo hice a nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijas en mí”.*

La pregunta cae por su propio peso: ¿Por qué —con qué derecho— se condena al ostracismo perpetuo y absoluto a un hombre que piensa así y dice tales cosas de su patria y de su pueblo, dándole a Cuba como único lugar en la historia? Podría argumentarse sin embargo, que el mismo Máximo Gómez dice que al llegar a Cuba, comenzó *“a purgar la culpa cometida”*; culpa de no haber combatido entonces a España, nunca de haber sido anexionista, porque no lo fue, como paso a demostrar ahora destacando las diferencias que antes he mencionado.

## Pretexto

En el primer caso que he puesto de ejemplo —Benigno Souza—, se toma de pretexto a Pedro Florentino para absolver



a Máximo Gómez de haber sido “*anexionista*”, cambiándole el color de la piel al viejo caudillo militar de la guerra contra el invasor haitiano, motejándolo de caníbal, incendiario y saqueador; mientras que en el segundo —Abigail Mejía— se utiliza el supuesto anexionismo de Máximo Gómez para paliar el crimen de los “*valientes capitanes: Báez, Santana, Regla Mota y otros*”, que vendieron su patria al extranjeros antes y después de la Anexión, como lo demuestran los manejos del segundo con Tomás Bobadilla y Saint-Denis (afrancesado) primero, luego con el aventurero William L. Cazneau (proteccionista) y los de Báez antes de 1961 con el cónsul José María Segovia (matriculado y después de restaurada la República con el presidente Ulises Grant (anexionista).

Lo que sucedió realmente en Baní con la Anexión, no fue porque era una villa de “*gente blanca y de limpia alcurnia, descendientes directos de españoles...*”, porque hubo muchos otros banilejos, como Marcos A. Cabral, Braulio Alvarez, José Dolores Soto, José Donato Andújar entre muchos más, que formaron parte del Estado Mayor de Pedro Florentino, según la atinada observación de Sócrates Nolasco. Con ese silencio y otros igualmente incomprensibles, como el que significa ignorar que el nombre de Máximo Gómez no figura entre el nutrido grupo de vecinos de Baní que el 17 de marzo de 1861 firmaron el pronunciamiento de esa Común a favor de la Anexión, se ha pretendido tirar una rasante, echar en el mismo saco, dejándolos a igual nivel de culpa y en el mismo lugar de oprobio, tanto a los que fraguaron, gestionaron y realizaron la bochornosa obra de liquidar la República en 1861, como a quienes por inexperiencia, falta de visión histórica y de capacidad política —*joven, ciego y sin discernimiento político*, diría el insigne banilejo en sus *Notas Autobiográficas*—, no solamente carecían



de medios para salvarla sino que les sería más difícil todavía comprender y asimilar el tipo de guerra que tuvieron que poner en práctica los jefes de la insurgencia restauradora a partir del 16 de agosto de 1863 —Grito de Capotillo—, frente al poder militar cien veces superior de España.

Pero lo más curioso con relación a esas acusaciones contra el último de los Libertadores de América, como por ejemplo la de que “*fue racista durante su juventud en Santo Domingo*”, aparte de que ignoran sus propias confesiones y del grado de mezquindad de tales exigencias retrospectivas, es que muchas de ellas tienen cierto asidero en el carácter austero y en la implacable autocrítica a que el héroe sometió todos los actos de su vida, tanto a los que aquí, durante sus primeras actuaciones en la política y en la guerra, antes y después del drama que lo expelería, cual “*materia inerte*” hacia extranjeras playas, como sobre sus actuaciones en las dos guerras de liberación de Cuba; virtudes sin las cuales le hubiera sido imposible ganar el respeto unánime de los integrantes del Ejército Mambí y escalar, peldaño a peldaño

—machetazo a machetazo, carga tras carga y victoria tras victoria—, algo mucho más valioso e imperecedero que el rango de Jefe Supremo —Generalísimo de verdad— en esas dos contiendas: la admiración y el cariño del pueblo que ayudó a liberrar sin hacer ostentación de otro título que no fuera el de ser dominicano.

Desde esa posición dominicanista, “*como humilde soldado de libertad*”, después de escribir con una sinceridad que asombra todo lo que vivió y vio, aquí en Santo Domingo y allá en Cuba, Máximo Gómez puede enfrentar el juicio de la historia, que para los creyentes



—y él lo era— “es eterno como el juicio de Dios”. Por tal motivo, resulta pertinente preguntar también, si es válido aplicar al autor de *Notas Autobiográficas; El Viejo Eduá; Revoluciones, Cuba y Hogar; La odisea de José Maceo; Diario de Campaña* y una nutrida correspondencia imprescindible para el conocimiento de su perfil de caudillo militar y la comprensión de la historia de Cuba, idéntico castigo de perpetuo destierro, expulsándolo para siempre de una patria que jamás negó y amó entrañablemente, dándole por igual —al vibrante escritor y al soldado invicto—, como pretende el Dr. Euclides Gutiérrez Félix: “*Un solo lugar en la historia*”.

### ¿Santanista?

El otro aspecto, referente a la supuesta filiación santanista de Máximo Gómez, como explicación de su igualmente supuesto anexionismo —según ha quedado demostrado—, no obstante pertenecer al campo de la pura imaginería historiográfica, merece ser abordado dejando de lado la explicación psicológica que señalé en el último de mis artículos titulado *La imposible desintegración de un Libertador. Respuesta a dos calumnias históricas*. Utilizaré ahora las propias palabras del héroe en sus *Notas Autobiográficas*, cuando dice:

*“Ya hombre, fuíme derecho a parar, a donde por lo general y por desgracia se ha encaminado siempre la juventud de este país, a la política imperante personal o de partidos, en fin al personalismo puro (...). No obstante, yo, por esa senda de mis primeros pasos, siempre conservé las normas sanas y severas que imprimieron en mi carácter la pureza y ejemplaridad de mi hogar”.*

Y a continuación señala en párrafo aparte:



*“Un suceso extraordinario vino a variar el curso de mi vida, iniciados apenas los acontecimientos políticos del país: el impulso absorbente y dominador con que la Invasión Haitiana amenazaba sojuzgar a la joven República Dominicana, ante cuya perspectiva se aunaron todos los corazones de mi Patria para rechazar al atrevido invasor. Mi bautismo de sangre lo recibí en los campos históricos de Santomé, la más extraordinaria a la vez que decisiva función de armas contra las huestes haitianas.”*

Ahora bien, cabe aquí señalar y formular, al mismo tiempo, datos e interrogantes, como los siguientes. En el momento de la Batalla de Santomé, librada el 22 de diciembre de 1855, Máximo Gómez acababa de cumplir 19 años, pero él mismo dice que ese suceso varió el curso de su vida, cuando apenas se había iniciado en los eventos políticos del país. ¿Militando en cuál partido? ¿Siguiendo a cuál de los dos caudillos vigentes? ¿A Pedro Santana o a Buenaventura Báez? La respuesta, como queda demostrado por su silencio al respecto, a todas luces deviene intrascendente.

Pedro Santana era presidente de la República y General en Jefe, durante la campaña militar en que se produce la Batalla de Santomé. Pero a poco, valido de la “Matrícula de Segovia”, Buenaventura Báez lo echa del poder y lo expulsa del territorio nacional. El General que lo hace preso en el Seibo, al frente de fuerzas de caballería de San Cristóbal y de Baní es el héroe de esa función de guerra, José María Cabral. Un año después, en 1857, estalla la revolución del Cibao y Santana fue traído del exilio a combatir a Báez, parapetado con sus seguidores tras las murallas de Santo Domingo.

Derrotado Báez, tras once meses de sitio, Santana desconoce al gobierno de Santiago y se adueña del poder, marchando con

paso decidido hacia la Anexión a España. Por eso hay que llegar a la conclusión de que resulta majadería insigne, lindante con una hueca petulancia no exenta de nostalgia trujillista, echar a rodar la carambola de que el Libertador de Cuba por desempeñar un ínfimo rango en las Reservas Dominicanas y haber solicitado su ascenso en 1864, había sido partidario incondicional a Santana en 1861; y que fue anexionista por haber sido santanista en ese desdichado pero decisivo instante de su vida.

Puras trivialidades que no alcanzan a tener rango de suceso histórico, ni mucho menos disminuyen un ápice la ejemplar figura del dominicano que ostenta con justeza que la verdadera historia ya ha demostrado plenamente, parangonándolo con Simón Bolívar y José de San Martín: el título de “Último Libertador de América”.





Una de las últimas fotografías del Dr. Francisco A. Henríquez Vásquez.  
Fuente: Señora Angélica Cruz Vda. Henríquez.